

Días de verano en Utøya

Dan Gallin

Nunca olvidaré los días del verano de 1995 que pasé en Utøya, una pequeña isla cerca de Oslo que los sindicatos noruegos cedieron a la Liga Laborista Juvenil como centro de estudios y de ocio.

Había llegado a Europa en marzo de 1953 procedente de los Estados Unidos, donde, como estudiante, había descubierto el socialismo con los rasgos de una disidencia trotskista. La brillante explicación del mundo, la heroica y trágica historia del «viejo Trotsky» y su movimiento se habían apoderado de mi imaginación y de mis emociones, hasta tal punto que llamé la atención de las autoridades y me dieron un mes para dejar el país.

Así que allí estábamos, mi compañera y yo, en Europa, ávidos de encontrar una dirección que seguir. Ella era miembro del mismo grupo. En el verano de 1955 ya estábamos listos para descubrir Escandinavia, el bastión de una socialdemocracia que observábamos con desconfianza.

Al llegar a Oslo, encontramos la Liga Laborista Juvenil en la guía telefónica. Aparecimos sin avisar en la oficina del hombre que estaba a cargo, el Secretario General, y le dijimos que éramos miembros de la Liga Juvenil Socialista Americana y que buscábamos socialistas noruegos para discutir con ellos sobre socialismo. El camarada noruego nos observó durante lo que pareció un buen rato y dijo, «Caéis en buen momento, nuestro curso de verano acaba de empezar. Más tarde podemos acompañaros. Podéis quedaros una semana con nosotros. Es en Utøya, una pequeña isla cerca de Oslo. Ya veréis.»

En Utøya, había un edificio central con las instalaciones para los servicios (comidas, duchas, aulas) y los participantes vivían en tiendas de campaña plantadas por toda la isla, pero principalmente en el prado que había delante del edificio. Nos asignaron una tienda, pero pasamos la mayor parte del tiempo con los jóvenes noruegos. Pasé una noche entera discutiendo con Reulf Steen, que más tarde habría de convertirse en Ministro de Asuntos Exteriores y Primer Ministro, muy implicado en ayudar a los movimientos de resistencia contra las dictaduras de América Latina. Discutimos sobre la URSS, sus características sociales y políticas, y sobre estalinismo. Una noche no fue suficiente.

Conocimos a cientos de jóvenes socialistas llenos de energía, alegría, humor y determinación, hijos e hijas del sol de medianoche que, durante el verano noruego, no se pone nunca. Eran jóvenes normales, ciudadanos cualesquiera de una socialdemocracia.

Habíamos descubierto algo que no habíamos experimentado antes, un movimiento masivo de jóvenes socialistas

No eran revolucionarios profesionales, pero querían cambiar el mundo. En esa pequeña isla había tantos, o incluso más, que en la totalidad de nuestro pequeño grupo americano. Los camaradas americanos que habíamos dejado atrás no estaban ni menos comprometidos ni eran menos valientes, pero habíamos descubierto algo que

no habíamos experimentado antes, un movimiento masivo de jóvenes socialistas.

Era el movimiento que Anders Behring Breivik, un activista fascista, atacó el 22 de julio de 2011. Tras poner una bomba en la sede del Gobierno en Oslo, que mató a ocho personas, aterrizó en la isla disfrazado de policía, reunió a los jóvenes y empezó a abatir a los pobres indefensos que no tenían la menor idea de lo que les estaba ocurriendo. En Utøya, Breivik mató a 69 personas en una hora y media.

El Primer Ministro de Noruega, Jens Stoltenberg, que también es dirigente del Partido Laborista, declaró que la matanza era un ataque a la democracia y a la sociedad abierta, y prometió que Noruega no cedería. Aunque, más concretamente, era un ataque al movimiento obrero noruego. Breivik fue bastante explícito: el movimiento obrero, culpable de «marxismo cultural», debía ser el blanco, y lo que iba a ser golpeado sería el activo más valioso de los trabajadores, sus jóvenes, como castigo por haber

La matanza era un ataque al movimiento obrero noruego

traicionado a la nación al promover la «islamización». Si el tiroteo hubiese tenido lugar unas horas antes, el propio Stoltenberg y el ex Primer Ministro Gro Harlem Brundtland podrían muy bien haberse sumado a las

víctimas. Habían visitado Utøya aquel día para participar en los debates.

Nosotros socialistas deberíamos preocuparnos más por lo que está ocurriendo en el norte de Europa. El 28 de febrero de 1986 el Primer Ministro de Suecia, Olof Palme, fue asesinado. Él y su mujer Lisbet habían ido al cine, como siempre, sin guardaespaldas. A las 23:20, mientras volvían paseando a casa, un hombre les abordó por detrás y les disparó dos veces. El primer disparo hirió de muerte a Palme. El segundo hirió a Lisbet, que sobrevivió. El asesino se dio a la fuga y nunca lo encontraron. Un hombre fue arrestado y condenado, pero tiempo después recurrió y fue puesto en libertad. Nunca se supieron los motivos del asesinato, y los que quizás lo ordenaron nunca fueron identificados. La investigación policial que prosiguió durante años, no obtuvo resultados.

Procedente de la alta burguesía, Palme era un «traidor para su clase» y la derecha sueca le prodigaba un odio profundo. En el Gobierno desde 1965, Primer Ministro en dos mandatos (1967-1976 y 1982-1986), y Presidente del Partido Socialdemócrata

Sueco (SAP) entre 1969 y 1986, fortaleció el Estado del bienestar aún más, así como el poder de los sindicatos frente a los empleadores. En cuanto a política extranjera, fue el único dirigente de un gobierno occidental que se opuso a la Guerra de Viet Nam. También se opuso a la invasión de Checoslovaquia en 1968, al golpe de Pinochet en 1973 y, de forma más general, y a lo largo de toda su carrera, a las dictaduras militares de América Latina, las dictaduras fascistas de Europa y el apartheid en Sudáfrica. Aunque nunca se situó a la izquierda de su partido, a menudo se le ha descrito como un «reformista revolucionario».

El asesinato de Palme fue un punto decisivo en la historia de nuestro movimiento. Ninguno de sus sucesores ha tenido su carisma, inteligencia política o audacia. El SAP vio su perfil disminuido. De hecho, probablemente sea su moderación la que lo ha mantenido alejado del poder. Ha perdido dos elecciones parlamentarias seguidas desde 2006. Hoy tiene menos presencia internacional y, como resultado, la Internacional Socialista ha perdido algo más de la poca influencia que tiene. Si Palme hubiese vivido, la capitulación de la socialdemocracia ante el neoliberalismo y la bufonada protagonizada por Blair y Shroöder con su «tercera vía» hubieran sido más difíciles. Si el asesinato de Palme hubiese sido el resultado de una conspiración de la derecha, hubiera logrado sus propósitos.

Todo podría haber sucedido de otro modo. En 1998 la socialdemocracia sueca se había recuperado un tanto. Tenía una prometedor política en sus filas: nacida en 1975, Anna Lindh, brillante Presidenta del la Liga Socialdemócrata Juvenil entre 1984 y 1990, fue miembro del Parlamento de 1982 en adelante, Ministra de Medioambiente en 1994 y Ministra de Asuntos Exteriores en 1998. Estaba cortada por el mismo patrón que Palme, y la intención era que sucediese al aburrido burócrata Göran Persson como Jefe del Gobierno y del partido.

Pero el asesino la acechaba. La tarde del 10 de septiembre de 2003, mientras estaba de compras en unos grandes almacenes de Estocolmo, por supuesto sin guardaespaldas, un hombre la apuñaló en el pecho, en el estomago y en un brazo. A pesar de los esfuerzos de los médicos, Anna Lindh murió a las 5:29 de la madrugada siguiente.

El asesino fue detenido el 24 de septiembre. Era Mihailo Mihailovi, nacido en Suecia, de padres serbios, enojado con el Gobierno de Suecia porque había apoyado a la OTAN en Kosovo. Tras varias actuaciones judiciales, y la certificación de que sufría un trastorno psicológico, fue sentenciado a cadena perpetua.

Después de Suecia, el bastión histórico del socialismo nórdico, le ha llegado el turno a Noruega, el único país nórdico con un gobierno socialdemócrata que defiende causas progresistas a escala internacional, así como el Estado del bienestar. Pero, una vez más, un loco ha actuado en solitario.

Pero; de veras se trataba de un loco que actuaba en solitario? Es lo que alega principalmente la extrema derecha. Pues, claro está, las ideas de la extrema derecha

deben salvaguardarse, es vital poner tanta distancia como sea posible entre las ideas transmitidas por sus partidos y los actos criminales que éstas inspiran. Es preciso fomentar la creencia de que el fascismo es una opinión, no un crimen, y de que las organizaciones de extrema derecha están compuestas por ciudadanos normales y corrientes. Pero, de hecho, existen semilleros para otros Breiviks, que pueden surgir en cualquier momento, en cualquier lugar, armados hasta los dientes y listos para sembrar la muerte.

Poco después de la tragedia noruega, Oskar Freysinger, un político suizo de extrema derecha, famoso por haberse opuesto a la construcción de minaretes y por declarar que el aborto había provocado un «genocidio invisible», dijo lo siguiente a un periodista que señaló que una serie de puntos de vista Breivik se correspondían con los suyos y los de su partido, el Partido Popular Suizo: «¿Cree usted que habrá menos ataques y locos terroristas si me obligan a callar? ¡Habrá más!». Esta respuesta debería tomarse como una amenaza.

Dan Gallin es en la actualidad Presidente del Global Labour Institute (GLI). Anteriormente, trabajó para la Unión Internacional de los Trabajadores de la Alimentación (UITA) entre agosto de 1960 y abril de 1997, siendo desde 1968 su Secretario General. Actualmente está llevando a cabo estudios sobre la afiliación sindical de trabajadoras en la economía informal, la historia del movimiento obrero y cuestiones de política y organización en el movimiento sindical internacional.